

LA CAÍDA DE WALL STREET, 1929

Los "locos años 20" que siguieron al final de la Primera Guerra Mundial fueron un periodo de prosperidad para la mayoría de los estadounidenses. A medida que la economía crecía, los precios de las acciones se disparaban. A finales de la década, hasta 25 millones de estadounidenses habían colocado dinero en el mercado de valores para participar en la riqueza. Lo mejor del proceso era que no se necesitaba mucho dinero para unirse a la fiesta. Podrías comprar tus acciones a crédito. **Es decir, pedir prestado el dinero para la compra de acciones utilizando el valor de las propias acciones como garantía.** Se calcula que, para 1929, el importe total de la deuda acumulada por la práctica había alcanzado los seis mil millones de dólares. Era un castillo de naipes que se mantenía de pie mientras las acciones seguían aumentando de valor. Sin embargo, si los precios de las acciones caían en picada, toda la desvencijada estructura podría derrumbarse.

Los temblores que acabarían destruyendo este endeble edificio económico hicieron sus primeros ruidos en septiembre de 1929. El mercado cayó bruscamente a principios de mes, pero volvió a subir para luego bajar y volver a subir. La montaña rusa continuó en octubre, ya que a principios de mes se produjo una nueva caída seguida de otra explosión de fuerza. Entonces llegó el Jueves Negro -el 24 de octubre-, cuando la caída de los precios de las acciones desencadenó un estallido de ventas por pánico tan frenético que desbordó la capacidad de la Bolsa de Valores para seguir las transacciones.

Jonathan Leonard era un reportero que estaba en la escena cuando Wall Street se desplomó. Nos unimos a su historia del "Jueves Negro".

"Ese sábado y domingo Wall Street bullía con la actividad de la semana. Los grandes edificios estuvieron iluminados toda la noche mientras los somnolientos empleados luchaban desesperadamente por poner las cuentas en orden para la apertura del lunes. Los corredores, horrorizados, veían cómo se acumulaban las órdenes de venta. No fue una inundación; fue un diluvio. Todos querían vender----, el hombre con cinco acciones y el hombre con diez mil.

El lunes fue una derrota para el conjunto de la banca, que se suponía que aún debía estar "de guardia". Si hizo alguna compra neta, lo cual es dudoso, el mercado le prestó poca atención. Las acciones líderes rompieron los niveles de soporte nada más comenzar las operaciones y siguieron cayendo durante todo el día. Periódicamente circulaba la noticia de que los bancos estaban a punto de cambiar el rumbo, como lo habían hecho el jueves, pero no sucedió.

Obviamente, los grandes intereses financieros habían abandonado el mercado a su suerte, probablemente con la intención de recoger los fragmentos baratos cuando el naufragio tocara fondo. 'Muy bien' -dijo el hombrecito-, 'haré lo mismo'.

Cuando el mercado finalmente cerró, se habían vendido 9.212.800 de acciones. El índice Times de 25 [empresas] industriales cayó de 367.42 a 318.29. La lista completa mostraba pérdidas alarmantes.

Esa noche Wall Street se iluminó como un árbol de Navidad. Los restaurantes, las barberías y los bares clandestinos estaban abiertos y haciendo un gran negocio. Los mensajeros y los corredores corrían por las calles gritando y cantando a todo pulmón. Los niños de las barriadas invadieron el distrito para jugar con bolas de cinta de teleimpresora. Los caballeros bien vestidos se quedaban dormidos en los mostradores de los restaurantes. Todos los hoteles del centro, las casas de huéspedes e incluso las pensiones de mala muerte estaban llenas de empleados financieros que normalmente dormían en el Bronx. Probablemente fue la peor noche de Wall Street. No sólo el día había sido malo, sino que todo el mundo, hasta el más joven de los oficinistas, tenía una idea bastante clara de lo que iba a pasar mañana.

Los periódicos de la mañana se llenaron de noticias sobre el golpe del lunes. Excepto por las débiles esperanzas de que los grandes bancos se hicieran cargo, no tenían valor para titulares alegres.

Las empresas de acero y de latas se desplomaron tan bruscamente como si hubieran cancelado sus dividendos por completo. El día siguiente, el martes 29 de octubre, fue el peor de todos. En la primera media hora se negociaron 3,259,800 acciones, casi un día completo de trabajo para la Bolsa. La presión de las ventas no tenía precedentes. Venía de todas partes. Los teletipos a otras ciudades estaban colapsados con pedidos frenéticos de venta. También los telegramas, la radio y los teléfonos a Europa y al resto del mundo. Los compradores eran pocos, a veces totalmente ausentes.

Era pánico verdadero. Eso era lo que los bancos habían impedido el jueves, habían demorado el lunes. Ahora estaban indefensos. Al parecer, intentaban obligar a las empresas a tirar su poder adquisitivo a la vorágine, pero no obtenían resultados..."

Este relato aparece en: Leonard, Jonathan Norton, Three Years Down (1944); Allen, Frederick, Lewis, Since Yesterday: the 30's in America (1972).